

LA RUTA DE
DON QUIJOTE ...Y
AZORÍN

Mariano Velasco Lizcano



Patronato Municipal de Cultura
De Alcázar de San Juan
2004

Edita: Patronato Municipal de Cultura
de Alcázar de San Juan—2004

D.L.: CR-196-04

DE MADRID A LA MANCHA

Corrían los últimos días de febrero de 1905 cuando Don José Ortega y Munilla, propietario y editor del entonces emblemático diario *“El Imparcial”* invitó a Don José Martínez Ruiz, Azorín, a que viajara y escribiera *“... por y sobre La Mancha de don Quijote.”*

Azorín aceptó el encargo y, bajo el título general de *“La Ruta de Don Quijote”*, escribiendo desde sórdidas fondas y ventas, o bien encaramado en un renqueante y destartalado carro, realizó quince entregas que hoy constituyen un tesoro de reminiscencias y añoranzas cuya lectura ha de conmover, necesariamente, a cualquier enamorado de estas tierras.

Pero veamos a nuestro escritor: está a punto de iniciar su viaje. Unos días antes, el Sr. Munilla, director de *“El Imparcial”*, ha entregado al displicente Azorín un pequeño revolver que inesperadamente deja en sus manos: *“ ... No lo extrañe usted. No sabemos lo que puede pasar. Va usted a viajar solo por campos y montañas. En todo viaje hay una legua de mal camino. Y ahí tiene usted ese chisme por lo que pueda tronar”*.

¡Qué lejana resultaba entonces La Mancha cuando era contemplada desde la perspectiva urbana de Madrid! Una tierra de zarrapastrosos, destripaterrones y maleantes que tan sólo tenía interés porque un escritor genial -D. Miguel de Cervantes- la había conseguido elevar, con su magnífica obra, hasta las más altas cimas del renombre internacional.

Azorín amaba las estaciones de ferrocarril. A ellas dedicó múltiples líneas y menciones. También este viaje lo iniciaría en tren, una mañana, cuando aún el cielo estaba negro y las estrellas titilaban sobre la ciudad dormida.

Al periodista ya entonces le parecía que las grandes ciudades resultaban inhumanas, extrañas y anormales. Pero cuando llegaba a una estación ferroviaria, el mundo se transformaba ante sus ojos para extasiarse con los faroles de los mozos que pasaban, el chirriar de las carretillas, la ola humana que se movía por los andenes y el silbar de las locomotoras ¿Qué pensaría ahora Azorín del tráfigo matinal de las estaciones ferroviarias de las grandes

metrópolis? ¿No pensaría que habían perdido su romanticismo para contagiarse de todo lo que tiene de extraño, anormal e inhumano, la gran ciudad?

Porque el amanecer en una de estas estaciones es algo caótico, confuso, inenarrable ... Llegan y salen los trenes; cientos de ellos. Son modernos, constantes, rápidos ... Se detienen apenas unos momentos y vomitan una ingente masa para, de forma inmediata, volver a tomar otra masa aún mayor. Son como gigantescas latas de conservas: ¡Envasan humanos!

¿Y qué hacen estos autómatas al pisar el andén? ¿Tal vez pasean su mirada por el recinto en espera de extasiarse con el farol de los mozos que van y vienen? ... ¡No! ¡Desde luego que no! Tan sólo corren. Corren y corren en pos de otro tren mientras aúllan los altavoces. Sorteán hábilmente a otros viajeros que también corren aunque en sentido contrario. Mientras, los anuncios de neón bombardearán su intelecto en un intento de convencerle de la bondad de consumir lo que nunca necesitó, los indicadores luminosos parpadearán durante unos segundos el destino que busca, y al final, sudoroso y angustiado, subirá a su convoy acosado y perseguido por un ruido que nunca cesa. Son miles y miles las almas que se mueven así en cuestión de minutos cada día ¡ Es algo increíble ! Acero, hormigón, gases, prisas, individualismo, soledad ¿Cuándo se perdió el romanticismo del ferrocarril?

Azorín compró su billete y en el breve interludio de esperar su turno ya había hecho amistad con el hombrecillo discreto y afable que estaba a la par de él. Azorín se acomodó en su asiento y ya disfrutó de la conversación de sus ocasionales compañeros de viaje. Azorín emprendió su camino y ya pudo contemplar el paisaje que se presentaba a lo lejos en suaves ondulaciones de terrenos y oteros.

Hoy el viajero que espera para comprar un billete no hablará con su homónimo que tiene a la par. Su mente, con seguridad, estará demasiado ocupada en una enormidad de cosas por hacer. El viajero tomará su tren y buscará su acomodo a ser posible en un lugar solitario ¡Execra de las conversaciones chabacanas y de los inoportunos acompañantes! Tal vez detendrá un momento su mente para escuchar el leve rumor del traqueteo del tren. Quizá hasta paseará indolente su vista por el coche que ocupa, tan sólo para tomar conciencia de que otras personas viajan con él y que como él permanecen silenciosas, distantes e indiferentes, ocultas tras lo impersonal de

una lectura de ocasión. Observará entonces que algunas de ellas mantienen fija y perdida su mirada en lo lejano del horizonte ¿Contemplan el paisaje o son sus propios pensamientos lo que contemplan con tanto ceño? Después volverá a refugiarse en la egoísta soledad que acompaña siempre al individualismo... Verdaderamente, hay que ver, desde los tiempos de Azorín, cuanto ha progresado la sociedad.

El maestro acabó su viaje en tren, de Madrid a La Mancha, en la estación de Argamasilla, actual Cinco Casas. Allí, una enorme diligencia y un coche venerable esperaban a los viajeros.

Hoy el viajero que se baje en la estación de Cinco Casas en pos de la ruta que hiciera Azorín no tendrá nadie que le espere. Porque en Cinco Casas, lo único que permanece, es una ruina de estación ferroviaria.

Cierto que algunos trenes aún se detienen allí. Cierto que algunos viajeros aún suben y bajan en esa estación. Pero no es menos cierto que es la impresión del nefasto abandono lo que predomina allí sobre todo lo demás: las entrevías han comenzado a ser devoradas por las malas hierbas; el edificio, tabicadas en parte sus puertas y ventanas, constata implacable el testimonio de una decadencia sobrevenida en aras del progreso y la modernidad; los andenes se desmoronan, las vías de apartadero comienzan a ser levantadas; y las viejas paredes que delimitaban la estación se derrumban inertes.

¿Podrá el viajero sobreponerse a su tristeza? Es probable que permanezca anonadado, que la sorpresa le impida reaccionar.

Después, recuperado ya de su primera impresión, tal vez contemple, apático y pesaroso, como los bruñidos raíles conforman un infinito camino en mitad de la llanura en pos de un quimérico horizonte. Quizá piense entonces que La Mancha sigue estando, aún hoy, lejos, muy lejos de ese todo, paradigma del progreso, que es la gran urbe: Madrid. Y a tenor de la verdad, deberíamos reconocer que su impresión difiere poco de la cruel realidad. Porque como constatará Azorín a principios de siglo, La Mancha, hoy, sigue siendo una inmensa llanura despoblada, moteada de tarde en tarde por los pueblos y por la esperanza, siempre resignada, de sus pobladores. ¿Hasta cuándo será así?

ARGAMASILLA DE ALBA: HIDALGUÍA E HISTORIA

Azorín se preguntaba qué había hecho posible que Argamasilla de Alba y no otra cualquiera villa manchega hubiera podido ser la cuna del más ilustre, del más grande de los caballeros andantes, el ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha: “*¿Qué hay en el ambiente de este pueblo –inquiría- que haya hecho posible el nacimiento y desarrollo, precisamente aquí, de esta extraña, amada y dolorosa figura?*”

Porque Azorín no creía en el azar y para él todas las cosas eran fatales, lógicas y necesarias; todas tenían su razón poderosa y profunda. Y la razón de que Don Alonso Quijano, *el Bueno*, fuera de Argamasilla, es decir, de que el personaje novelesco hubiera emanado en el genio de Cervantes determinísticamente de la imagen de un individuo concreto de esta ciudad, él la justificaba en la semblanza de que el pueblo entero de Argamasilla era un pueblo andante. Y así lo justificaba: “*de la Moraleja, lugar de su primitivo asentamiento, y por culpa de la peste, al Cerro del Boñigal; y de allí, al cabo de pocos años, a causa de otra epidemia, nueva necesidad de que sus gentes se dispersen hasta que vuelven a concentrarse en el paraje que lleva el nombre de Argamasilla donde fundan la ciudad que llega hasta nuestros días*”
¿Es o no Argamasilla de Alba un pueblo de caballeros andantes?

¿Lo es?...

Y uno se adentra en las calles de la ciudad, aunque comprende, por haber llegado cuando el sol ya se ha puesto, que el tiempo va a jugarle una mala pasada porque indefectiblemente, mil rincones, mil aspectos de la quijotesca ciudad van a escapar, como la luz, a su curiosidad.

Avanza el viajero hasta encontrar la vetusta iglesia. Observa los viejísimos muros con su aspecto destrozado y siente inmediatamente algo así como el fluir en plena decadencia del espíritu castellano: esa iglesia es la auténtica imagen de una grandeza venida a menos. ¿Por qué no se ha reconstruido en su totalidad? ¿Acaso no es Argamasilla un pueblo de quijotes idealistas? ¿Por qué entonces no han logrado la total recuperación de su antiquísimo patrimonio?

Pero queremos ver más, saber más; y lentamente rodeamos el lugar hasta llegar a encontrar, en un lateral de la primitiva planta, una modernista entrada ¿Modernista entrada en tan añejo edificio?.

Pues, si: moderna y grosera, pragmática y chabacana, funcional y negligente entrada. ¿Cómo se puede insultar de ese modo a la arquitectura y al arte? ¿Qué hacen dos orondas y megalíticas columnas, que soportan un penoso dintel de madera, añadidas, más bien pegadas, a la grandeza de siglos de historia rememorada en cada sillar de las murallas? ¿No se habrá estremecido el viejo Don Rodrigo de Pacheco ante tan desmedido ultraje?

Y uno ha de sentir que no es esa la modernidad que añora y desea, que no puede ser tal sin el respeto, sin el orgullo debido a tan espléndida tradición.

Apesadumbrado sus ojos buscan otras referencias, y a fuer de ser sincero que no tardarán en encontrar las antiguas casonas solariegas que ennoblecen por sí solas el lugar; tienen grandes sus balcones, rejas de vieja forja, nobles los portales y rancia su personalidad ¡Qué hidalga y galante se muestra Argamasilla!

Pero el caminante ha de seguir la ruta del maestro, ese es su propósito y para eso está allí; por eso escucha, observa, presiente, busca. ¿Dónde se encontraría ubicada la fonda de la Xantipa?, y en su búsqueda se detendrá en la recoleta plaza para observar a Sancho que de espaldas al templo “*con la iglesia hemos topado, amigo Sancho*” parece derrochar un sarcasmo ensimismado. ¿No será ésta, entre césped, adelfas y plátanos, su maravillosa ínsula? Frente a él, sobre pétreo pedestal, alzada su mano al cielo y enhiesta su efigie, el ingenioso hidalgo nos saluda ¡Qué dulce, quijotesca y bella resulta Argamasilla en esta templada noche de verano!

El Ayuntamiento es austero, fiel al viejo espíritu castellano; de balcón corrido y pretil de forja, con faroles a sus costados, escudo heráldico por corona y un viejo reloj inútil. ¿Para qué han de servir las horas - me pregunto - en un pueblo que lleva a gala el ser caballeroso, andante e idealista?

Buscamos el viejo casino que rememorara Azorín. La pequeña plazuela tiene aún, ¡bendita sea!, una parte empedrada; cine viejo, remozado bar ... no me cabe duda ¡Ahí está! Y la Plazuela de Quijana, y la farmacia del Licenciado Cueva ¿Fue en su rebotica donde Azorín platicó con los académicos del lugar?

Y el viajero con sólo pensarlo se estremece; ansía ver más: Plaza de la Constitución; recogida, coqueta, ajardinada; quizá sus fuentes deberían funcionar, porque a estas horas, en este lugar, se añora el canto del agua, el susurro del viejo río ¿Dónde está el Guadiana? ¿Y las huertas? aquellas y las viejas huertas que describiera el magnífico literato - me pregunto - : ¿Dónde están? ; para al cabo descubrir que tras los térreos muros que antes asomaran al ilustrado canal, tras las pequeñas y blancas paredes con sus caballetes de tejas árabes, con sus viejos, severos y claveteados portones, donde uno presiente el trabajo y magnífico hacer de estas buenas gentes, hoy proliferan los disco bares y terrazas. Y entonces uno se detiene y piensa, que pese a todos los cambios, pese al tiempo que pasa, no cabe la menor duda de que Argamasilla de Alba sigue siendo la espléndida y quijana población que hace casi un siglo nos describiera Azorín. Por eso, quizá, ya sólo nos cabe el decir ¿Por favor, cuidémosla?

CAMINO DE PUERTO LÁPICE

Azorín quería contar a sus lectores todo aquello que en La Mancha pudiera ver o hacer. Así que para ese fin no había otra que ponerse a viajar. Pero como la mayoría de los viajes debía hacerlos en carro, dada la falta de otro medio de transporte, pues no era menos que también había que madrugar. De modo que a las seis de la mañana, cuando Miguel con su carrillo llegó a la puerta de la posada de la Xantipa, Azorín subió al mismo, y tras un breve trotecillo de la jaca, y ya en las afueras del pueblo, una llanura ancha, infinita y desesperante se extendió ante sus ojos.

Pero hoy, cuando hemos querido recorrer esos mismos parajes, esas mismas rutas que antaño recorriera y plasmara Azorín, un paisaje diferente se ha mostrado a nuestros ojos. Porque el campo, nuestro campo manchego, que sigue estando conformado por esa inmensa planicie sin altozanos ni ondulaciones que viera el genial noventayochista, ya no es, ni uniforme, ni gris, ni desolado. Ahora, las parcelas se multiplican en la inmensidad de la altiplanicie y ofrecen a nuestros ojos sus bien cuidados surcos de arenosas tierras. Los viñedos se alternan levantando sus esbeltos troncos con la arrogancia innata de su manchego porte, mientras las pámpanas, balbucientes y verdes, nos anuncian halagüeñas una nueva y abundante cosecha. Aquí y allá, una encina parece querer poner punto y seguido a la planicie, mientras los suelos, adhesados, se muestran cuidados, limpios, diáfanos y acogedores.

También aparece en el horizonte el perfil de las quinterías en que moraron los labriegos; y junto a ellas, por doquier, los mojones de calizas símbolo de la voluntad, el tesón y el esfuerzo. Ahora están casi derruidas o muy abandonadas. Evidencian la decadencia de la tradición frente al progreso, pese a que cumplieron bien su tarea: acunar como vivienda el sueño de aquellos hombres a los que la distancia y el lento avanzar de un carro y una mula imposibilitaban un retorno ansiado al final de cada día. Colonos emigrantes, quinteros solitarios que cavaban sus predios sin otro premio que el condumio austero de cada día y la esperanza del añorado regreso junto a los suyos, al llegar el sábado, a eso del mediodía.

Duele pensar en tan duro sacrificio, en tanta esperanza y dignidad, en tanto sudor y esfuerzo, para cambiar la faz a unos campos que Azorín encontrara pardos, extensos y desolados ¿Cuánto debe La Mancha a sus labriegos?, me pregunto.

La mirada sigue atenta y observadora: escruta los caminos ansiando empaparse del sentimiento y la emoción de ser manchegos. Por eso nos conmueve la visión de esas parduscas manchas verdosas que son los escasos bosquecillos de monte bajo que aún nos quedan ¡ Preciosos!. Y al aspirar lentamente, sus aires te embriagan con sus aromas de tomillos y romeros, de tierra húmeda y fértil, de carrascas y coscojas, de lavandas, jaras y cantuesos, de naturaleza fértil nunca hollada.

Al fondo apreciamos la misma y difusa línea azul que oteara nuestro rememorado escritor camino del Puerto Lápice: los perfiles difuminados de Cerro Navajo y el Torcón.

Pero también observamos novedosos elementos en estas tierras. Ahora, enormes parcelas se cubren de túneles y más túneles de plástico que alternan con el corroído y desalmado esqueleto de una vieja noria. Proliferan las torretas de los modernos transformadores de tensión eléctrica y los pivots, esos mastodónticos artefactos, paradigma del progreso, permanecen yertos y aletargados, amenazantes, dispuestos a vomitar millones de litros de agua a una sola orden, a un mínimo impulso de la acción horaria de un temporizador eléctrico que pondrá en marcha las potentísimas bombas.

Y estos tecnificados cultivos coexisten con extensiones enormes de tierras sin cultivar. Son aquellas que ahora rentan por no producir. Están acogidas a las benéficas subvenciones de la PAC, el Plan de Regeneración de Humedales y Dios sabe cuantos inventos agropolíticos más. Son superficies comidas por las malas hierbas donde proliferan amapolas, jaramagos y rabanillos, que conforman con sus intensos rojos, amarillos y blancos un policromado mosaico sobre los yermos campos. En medio de esas superficies, como gigantes caídos, los pivots se muestran oxidados, inútiles, decadentes.

Y hay pocos, muy pocos árboles en el horizonte. ¿Habrà algo más castizo, más tradicional, más castellano, que el odio atávico de este pueblo al árbol?

Más de 90 años separan estas paisajísticas impresiones de los oteara Azorín. Casi un siglo de historia, de raíces, de conformación de nuestra actual idiosincrasia, escrita a golpes de azadón, súplicas plañideras y resignación. Todo un siglo de esperanzas y sufrimientos, de ilusiones y desconsuelos, de lucha por la vida tras cada cosecha de cereal, tras cada viñedo, tras cada pueblo que aparece en la lontananza.

Y al final, la definitiva conclusión de que es aquí a donde hemos llegado; es aquí y ahora, es así y no de otra manera, pero ... ¿Ha podido ser diferente? ¿Hemos seguido un camino sabio y correcto?

Quizá sea bueno que, en busca de las respuestas, continuemos caminando por esa *Ruta de Don Quijote* que nos escribiera Azorín. De modo que eso es, precisamente, lo que nos proponemos hacer.

EN PUERTO LÁPICE

Azorín, después de disfrutar de unas breves horas de descanso en el mesón de Higinio Mascaraque, en Puerto Lápice, quiso madrugar, tal vez, por aquello de ser fiel al refranero y seguir el dicho *“al que madruga, Dios le ayuda”*. Se encontró entonces, apenas recién levantado y aún con el atisbo de la somnolencia bajo sus párpados, con Andrea, una vieja criada que, escoba sin mango en mano, barría la cocina: *“Andrea ¿Qué se hace hoy?, preguntó el maestro. Ya lo ve Usted, respondió ella, trajinandillo”* con ese peculiar diminutivo tan consustancial al ser manchego y que cincuenta años después tanto ensalzará Don Víctor de la Serna en algún artículo de la ruta literaria por La Mancha que con tanto acierto plasmara para el ABC. Poco después, el literato preguntó por Don José Antonio y partió en busca de él, no sin antes apreciar los trajines de los carros de la posada que, puestos en movimiento, iban partiendo en busca de sus diversos destinos en un afán de comprar o vender sus distintas mercancías.

Ha caído la noche cuando llegamos a Puerto Lápice y con ella los primeros fríos otoñales se dejan sentir en el cuerpo y en el alma. Así, en este contexto, es fácil imaginar y cambiar el tiempo, la época y la hora, para desplazarse uno, aunque sólo sea con la ensoñación, hasta aquel amanecer de 1905 en el que un magnífico escritor abría mucho sus ojos para ofrecer a sus lectores la estampa mágica de este quijotesco pueblo. Y lo primero que podemos observar es que Puerto Lápice ya no está conformado, como antaño, sólo por una ancha calle cruzada por la carretera; aunque sí es cierto que la calle que cruza la antigua carretera de Andalucía (hoy la moderna autovía circunvala la población) sigue siendo el alma, el aliento y el espíritu de esta población.

Nosotros hemos querido recorrer esta arteria en busca de aquella venta famosa en que fuera armado caballero Don Quijote. Y aunque sabemos que en los umbrales del siglo XXI aquella ilusión romántica sólo puede existir en nuestra imaginación, nos queda la certeza de presumir que en una venta tal vez no muy distinta de la actual, un caballero andante veló, en un manchego corral y durante toda la noche, sus armas puestas en una pila junto al pozo y su brocal. Y cuando al fin la moderna venta se muestra a nuestros ojos, uno no puede menos que creer, ante esos bajos paredones de tierra encalada con lomo

y caballete de teja curva, ante esas puertas, ventanas y zócalos pintados de un precioso azul añil, ante esos corralones y chimeneas, ante esas rejas forjadas con la cruz de Malta en su testero, ante ese gran y abierto portón, que efectivamente ha vuelto, que está a punto de entrar, en aquel hito quijotesco que para siempre será la antigua *Venta de Don Quijote*.

Pero ya el frío destempla mis manos y hasta me cuesta escribir esas imprescindibles y mínimas notas que luego necesitaré; y es tan sólo la ilusión de completar el trabajo que un día quise iniciar lo que me impele a seguir con la tarea ante la extrañada y curiosa mirada de algún vecino que por allí acierta a pasar. Avanzamos pues, y tras cruzar el umbral observamos el suelo empedrado bajo el porche, los zarzos que soportan el artesanal tejado, los viejos portones de madera, la escalera lateral con sus peldaños y barandilla forjados en yeso, la pequeña galería sobre el porche, el solaz enlosetado de piezas de duro barro, las macetas y los geranios, y no puedo por menos que rememorar.

Y me acuerdo de aquellos lejanos días en los que el frío invadía las calles y la lluvia era constante casi desde los primeros días del otoño; y de aquellos enormes charcos, como lagunas, que se formaban durante todo el invierno. Y me acuerdo también de la cara de golfillos que presentábamos toda la cuadrilla siempre pululando entre el barro y la calle a fin de maquinar mil cosas con las que jugar ... pero de eso hace tanto tiempo ya.

El corralón es grande y cuadrado. Aún mantiene la pétreo pila abrevadero junto al pozo en su frontal y una pintada y cuidada galera en su costado opuesto . Pero esto ya se me antoja demasiado tópico y artificial. Como artificioso me parece el contemplar colgados por las paredes del corral tanto útil de labranza que jamás estaría allí, sino en sus cámaras y cuadras, en aquella realidad que hace casi un siglo observara Azorín.

Hoy en lo que fuera antigua bodega persisten las viejas tinajas de barro que alternan con más modernos conos de hormigón; artesonado vetusto y original, vieja prensa de mano, vigas con bovedilla; en lo que tal vez otrora fuera jaraiz, hemos podido tomar un aromático y reconstituyente café. Y pensamos, estremecido el cuerpo por el agradable calor, que tenemos ante nuestros ojos una venta que no pudo conocer nuestro rememorado escritor, puesto que lo que él pudo ver no fue sino un gran rellano en el que crecían las plantas silvestres, un solar en el que todavía se conservaba a trechos el

empedrado del patio, el hoyo que indicara lo que del antiguo pozo quedaba y cuatro agrietadas paredes rojizas que señalaban lo que antes fue lacónico pajar. Pero bastó la portentosa calidad del escritor para recrear, desde estas ruinas, toda *La Venta* y aquel pueblo pasajero que estaba en el camino real que va de Valencia, Murcia, Almansa y Yecla, hasta Madrid.

Ya, como aconteciera a Azorín, visitada la venta, hemos de partir. Pero antes, aún tenemos tiempo de apreciar la remozada iglesia de la Virgen del Buen Consejo con sus arcos de cerámica árabe cubiertos por espléndidas vidrieras, su campanario con la inefable cruz de Malta, su plazoleta poblada por aligustres y cipreses y, como presidiendo la entrada, ese precioso forjado de hierro, austero y solitario, que enarbola señera campana ¡Ah, el pueblo castellano y sus campanas; cuántas vivencias y emociones consumadas al son de sus tañidos!

También nos detuvimos, cómo no, a fin de saborear y palpar el embrujo maravilloso que emana de esa plaza de grandes y porticados soportales en madera, suelo como de mosaico, columnata de faroles y pozo con noria a su costado ¿La habrá más bella y quijotesca en algún otro lugar? -me pregunto.

Y ahora sí, ahora ya nos alejamos lentamente de este lugar, no sin evitar volver la vista atrás para, nuevamente, sentirnos nostálgicos, aunque contentos. Sabíamos que en este caso, a diferencia de lo que aconteciera al genial noventayochista, podríamos volver una y otra vez. Y volveremos ¡Vaya que sí! aunque sólo sea para vivir unas horas de añoranzas y reminiscencias mientras saboreamos un café, en una venta, en la que tal vez, algún espíritu hidalgo permanece cada noche velando sus armas puestas, allá al fondo, sobre la pila, junto al pozo y su pretil.

CAMINO DE RUIDERA

Azorín tardó ocho horas en recorrer los 28 kilómetros que separan Argamasilla de Alba del pueblo de Ruidera. Ocho horas -decía él- “*de traqueteo furioso y de tumbos y saltos por los hondos relejes del camino, sobre los pétreos alterones*”. Nosotros hemos tardado veintiocho minutos en recorrer la misma distancia, y ello en un comedido viaje lleno de confort y seguridad. ¿Será posible, con semejantes diferencias, captar mínimamente las impresiones que sintiera, en tan literario viaje, nuestro recordado maestro?

El literato encontraba, camino de Ruidera, la misma llanura yerma, parda y desolada, que antes había atravesado para ir a Puerto Lápice; pero por este extremo encontraba, acá y allá, macizos de esbeltos álamos y grandes chopos que destacaban en el ambiente turbio de la mañana. A nosotros, en cambio, las llanuras se nos han mostrado amplias y doradas de cosechas ya segadas, quizá tan sólo interrumpidas por las pequeñas teselas de girasol que gozosas proliferan ante la llamada del agua. Por la margen izquierda del asfalto, un deprimente arbolado, riberizo al canal de riego del embalse de Peñarroya, nos ofrece una humillante imagen de prematura decadencia.

Tan sólo algunos chopos, aquí y allá, nos quieren recordar los que un día viera Azorín.

Pero queremos avanzar lentamente el camino en busca de las suaves ondulaciones que cambian el terreno, y así podemos descubrir esperanzados los primeros ralos pinares que como mancha verde se muestran optimistas en mitad del secarral. Al fondo, en la lontananza, destacan apetecibles y azuladas, las primeras estribaciones del monte bajo, mientras que a nuestra vera proliferan y se extienden los modernos viñedos emparrados que no parece sino que intentaran, con su pasividad, conjugar melancólicamente tradición y modernidad. Y las tobas, siempre las imponentes y erectas tobas, agresivas y secas, como una constante reiteración en el camino quizá para recordar al viajero, cual mudos testigos, el sitio, el lugar donde se encuentra: en la Mancha sempiterna.

Después de cuatro horas de viaje, Azorín alcanzó el castillo de Peñarroya. Lo encontró asentado en un terraplén de la montaña, fornido y solitario, con su torreón cuadrado, sus recias murallas, y un amplio salón que a la par servía de ermita. Encontró también a una viejecita menuda y fuerte, guardesa del secular castillo, y subió a la recia torre para, desde ella, descubrir

un panorama adusto y luminoso: la cañada que se perdía a lo lejos entre las negras sierras que la formaban, los lentiscos y las carrascas que ponían una nota hosca y cenicienta y en lo hondo del ancho cauce, contrastando con el infinito azul del cielo, el tono amarillento de los extensos carrizales.

Nosotros, al llegar a Peñarroya, hemos oteado varias decenas de automóviles dormidos sobre la explanada y montañas de desperdicios, bolsas, plásticos y latas. También alguno de esos mal llamados chiringuitos y un hormigueo nervioso de gentes pululando aquí y allá. Y ya apenas nos hemos fijado en la fortaleza reconstruida, ni en la ermita, ni en la leyenda escrita en la ermita, ni en los lentiscos y carrascas de alrededor. Y la presa y el pantano no han acertado a transmitirnos la quietud y calma de sus aguas porque uno ya sólo tiene ojos, ya sólo ve, la mucha agua que le falta, la suciedad que flota por los bordes y las pintadas que brillan sobre el hormigón. Y entonces sientes que añoras esa soledad que pudo sentir latir, hace 90 años, en este mismo lugar, el inolvidable Azorín.

Nos vamos de allí, entre tristes y decepcionados (es el progreso, ¡Sí, de acuerdo!, pero qué quieres, amigo lector, es que uno anda todavía a la búsqueda de añoranzas y no puede evitar cierto deje de contrariedad) y ya observamos los tramos de monte bajo que se alternan con los terrosos manchones de roturaciones incipientes. Llega el silencio y la soledad cuando las encinas se multiplican y nos muestran orgullosas sus opulentas copas. Y el cielo azul, azul, siempre de un clarísimo y refulgente azul que quizá nos quiere anunciar la carencia de un agua que últimamente siempre nos viene a faltar.

Los suelos son rojos, de un rojo intenso color de sangre ¿Por qué son rojos estos suelos? ¿Es quizá por ese óxido de hierro que contienen? ¿O tal vez es porque nos indican que una era geológica diferente nos acoge? Suelos adolescentes cubiertos de pobladísima vegetación, naturaleza viva, hoy groseramente amenazada ¡Escucha viajero cómo cantan las chicharras, cómo aturde el sol, cómo empapa el silencio, cómo se detiene el tiempo camino de Ruidera...! ¡Escucha, viajero, olvida el tiempo y detente a escuchar!

Nos acercamos, y ya el agua se palpa en el ambiente. La altiplanicie de Montiel se nos muestra al fondo pergeñadas sus laderas por encinas, coscojas, tomillos y romeros.

Azorín, poco antes de llegar, aún encontró los batanes que humillaran a Don Alonso Quijano “*El Bueno*”. Nosotros, en cambio, hemos querido observar las ruinas de lo que antaño tanto progreso significó: esas centrales hidroeléctricas que en el primer cuarto de siglo iluminaron casi toda Ciudad Real. Y así hemos comprobado cuan efímeras son las cosas, cuan inútil puede ser el progreso cuando este se desarrolla a toda costa, de cualquier manera, sin poner en la balanza nada más que valorar.

Laguna Cenagosa, carrizal de superficie, álamos inmensos que parecen pugnar por arrancar sus raíces del terreno; pinares extensos, alamedas prolíficas que preceden orgullosas a las primeras láminas del agua de la Cueva Morenilla. Es entonces cuando nos sentimos parte integrante de esa naturaleza que nos rodea; y así seguimos, añorantes y ensimismados, durante un breve rato más, un breve rato hasta que al fondo, cual aconteciera a Azorín, podemos descubrir las primeras casas de Ruidera.

“*Paz de la aldea ¡Ven a mi espíritu!*” escribió entonces Azorín. Paz del agua ¡Ven a mi espíritu! escribimos nosotros ahora, en este momento, tantos años después.

EN CAMPO DE CRIPTANA

Azorín escogió el ferrocarril para llegar a Criptana, quizá porque eran ya demasiadas las horas pasadas sobre un carro a través de La Mancha, o tal vez porque no quiso sustraerse al encanto especial que aquel, entonces moderno medio de transporte, ejercía sobre él (siempre presente el mundo ferroviario a lo largo de su obra). Por eso, a través del tren y desde él, nos legaría páginas inolvidables para la posteridad ¿Cómo extrañarnos, pues, de que el literato quisiera avistar los molinos de Campo de Criptana desde él?

Fue sin duda el improvisado marco de su ventanilla el que le permitió contemplar la ciudad, blanca y enorme, que asentada sobre una ladera quedaba iluminada por los resplandores rojos y sangrientos del crepúsculo. Los molinos, observaba, en lo alto de la colina movían sus aspas, mientras que la llanura, bermeja, rasa y monótona se extendía abajo.

Nosotros, en nuestro intento de lograr la máxima emulación, también quisimos llegar en tren.

Es corto el viaje desde Alcázar de San Juan: apenas unos minutos que son suficientes, sin embargo, para contemplar desde la ventanilla un horizonte llano y claro tan sólo interrumpido por el perfil del tendido eléctrico que se recorta impasible sobre el cielo añil. Al fondo, cual aconteciera a Azorín, podemos observar los blancos molinos, uno, dos... hasta diez, que con sus brazos abiertos al viento no parecen sino brindarnos un abrazo de fraternidad, mientras que el sempiterno blanco pueblo permanece ceñido a su loma, tal vez, como queriendo indicar que no todo pasa, que no todo muere, que el alma es inmortal.

¡Parece como si se hubiera detenido el tiempo!, pero pronto esa sensación ha de desaparecer al enfrentarnos a las modernas naves industriales, al denso tráfico que avistamos sobre la carretera y que no parece sino que flotara sobre un precioso y verde mar de pámpanas, y a los inmensos y destellantes cartelones publicitarios que van a recordarnos, con su soberbia, que el tiempo sí pasó, que estamos donde estamos, y que el tiempo pasado, ni mejor, ni peor, tan sólo fue el que fue.

La llegada a la estación tiene algo de desilusión y bastante de tristeza, porque en ella sólo hemos podido observar algunos vagones de carga que

situados sobre un apartadero se manifiestan como los únicos testigos de alguna actividad. El resto de la estación que contemplamos no es tal, sino un cadáver ferroviario que no nos acertamos a explicar: el antiguo muelle en piedra labrada, está abandonado; el edificio de la estación, cerrado; la roja caseta de enclavamientos, olvidada; y a ambos lados de las vías principales, las malas hierbas y los cardos han proliferado ¿Cómo ha sido posible abocar a esta situación de decadencia, a este tan triste cierre?

Nos ha sorprendido, empero, que aún descendan con nosotros algunos viajeros en el solitario andén, y ello nos ha regalado, quizá, la única nota de optimismo que hemos avistado en esa estación de ferrocarril.

Después ellos han marchado raudos a los coches que esperaban. También nuestro rememorado maestro observó algunos coches a su llegada; claro que eran coches de otra forma: vetustos, desteñidos, polvorientos, ruidosos, eran, en fin, aquellos coches de pueblo en que paseaban los hidalgos.

Caía la tarde cuando Azorín emprendió su caminata hacia el pueblo. Embozado en su capa caminaba lentamente llevando a hombros el peso de sus desdichas. Los anchurosos corralones manchegos comenzaron a aparecer a ambos lados del camino seguidos después por las casas blanqueadas con sus puertas azules y, más tarde, algunos caserones con voladizas rejas rematadas en cruces se mostraron también. Azorín buscaba una fonda donde dormir.

El tráfago de los automóviles nos cerca, nos inquieta e impacienta, pero es algo que tenemos que aceptar. Quedan pocos corralones y los vetustos caserones aparecen majestuosamente remozados con sus imperecederos zócalos color añil ¡Es el avance de los pueblos qué pese a todo no se detienen! Hemos andado por las calles de Campo de Criptana y nos hubiera gustado que la luz de la luna bañase las blancas fachadas para sentir, tal cual sintiera Azorín, el rumor que emanaba de los amplios balcones, de los viejos escudos, de las rejas con filigrana, de los claveteados portones.

Es amplia esta avenida por la que andamos. Está festoneada de álamos, enormes chopos, preciosos árboles que resultan bellísimos, plantados y cuidados en unos pueblos que, castizos y tradicionales, nunca los tuvieron y casi nunca los quisieron ¡Así se forjó Castilla, compañero; como una tierra sin árboles!

Y pasito a pasito nos allegamos hasta la ermita de San Cristóbal: paredes blancas, zócalo azul, cuidado jardín a su entrada; y seguimos por esas calles siempre empinadas en pos de los molinos que un día viniera a ver Azorín. Es fácil encontrar, aquí y allá, los maravillosos caserones con sus heráldicos escudos y blasones ¿Cuánta hidalguía encierra esta ciudad? Y uno ante ellos, deslumbrado por la blancura de sus fachadas, estremecido por el añil de sus zocalones, no pudo sino sentirse nostálgico, evocar y emocionarse con el orgullo de ser y sentirse parte integrante de esta noble tierra que es La Mancha.

Ahora nos hemos perdido por entre las callejas, pero debemos seguir andando; siempre adelante, siempre hacia arriba, siempre hacia donde yacen los gigantes, hasta que abocamos con las afueras de la ciudad.

Unos tesos mondos y unos caminos polvorientos nos acogen. También las primeras ruinas de lo que antaño fueran orgullosos ingenios de progreso: en nuestro ensimismamiento y sin buscarlo, hemos rodeado la ciudad para alcanzar la sierra y los molinos alejados de todo camino, de toda ruta turística. Pero al fin los encontramos. Se muestran al fondo blancos, estáticos, imponentes. Y siento acelerarse mi corazón mientras busco entre las páginas del manoseado librito los comentarios que esta visión suscitara en el viejo maestro Azorín.

Pero cae la tarde, levanta el viento y llega la noche... y comprendemos muy a nuestro pesar, que por hoy, el tiempo, se nos fue.

¡Mañana será otro día, pensamos, en el que de seguro hemos de volver!

ANTE LOS MOLINOS DE VIENTO

Azorín, concluido su noctámbulo paseo por Campo de Criptana, después de saborear con gusto el embrujo de las callejas y casas arrobadas por la sombra de la tenue luz de la luna ¿cómo no sugestionarse ante tanto hechizo?, pudo al fin dormir un rato en la fonda que entonces regentaran Tránsito, Sacramento y María Jesús.

Al amanecer, cuando ya los efluvios del sueño habían desaparecido, el maestro tomaba su desayuno mientras compartía con las muchachas sus penosas dudas: “*Sacramento ¿Qué es lo que he de hacer hoy? ¿No será menester ir a ver los molinos de viento?*”, para inmediatamente después salir a recorrer de nuevo las calles de la villa en busca de tan impresionantes ingenios.

A la luz del día, las mismas calles que recorriera la pasada noche se le antojaron al literato como mucho menos misteriosas y encantadoras. Pero luego, después de subir por las callejuelas empinadas, al abocar en lo alto de la loma frente a los vetustos molinos, de nuevo todo el embrujo de Campo de Criptana se mostró ante sus ojos. Allí, parado frente a ellos, escribió en breves notas, impresionado por tan grandiosos artefactos, sus primeras emociones: “*Os extrañáis de que Don Alonso Quijano El Bueno tomara por gigantes los molinos*”.

Nosotros observamos la llanura que se extiende infinita allende los pelados tesos y tomamos conciencia de que, desde la altura, a nuestros ojos, la altiplanicie se muestra distinta, quizá como más ancha, larga y plana. Y nos impresiona tener a vista de pájaro toda La Mancha Baja: un arco que abarca con su radio, desde las sierras de Puerto Lápice y Herencia, superando los cerros y llanuras de Alcázar, Criptana y Tomelloso, hasta los mismos bordes de Pedro Muñoz y Socuéllamos, allá en los confines con La Mancha de Montearagón.

Al pie de los molinos la ciudad se desparrama por la falda de los cerros mostrándonos, orgullosa y exuberante, el coloreado mosaico de sus variopintos tejados. Al fondo, sobre el resto de los edificios, destaca sobremanera la hermosa torre de la iglesia: iglesias y llanuras, los pueblos y sus creencias; siempre en perfecta unión conformando un todo en La Mancha ¿Acaso sería la misma el alma de este pueblo sin sus tradiciones, sus campanarios, sus devociones y sus cuitas?

Sentimos como una cierta impotencia de no saber transmitir con fidelidad nuestros sentimientos, porque ¿Cómo describir lo que sentimos ante la visión de tan gigantescos portentos? Acaso sería suficiente con poder enumerar su emblemática figura. Blancas paredes, negra y cónica techumbre, añejo y fortísimo maderamen que cruje y se estremece con el ulular del viento...

Pero no, no es eso lo que sentimos, porque en este momento, lo que deseáramos, lo que en verdad añoramos, es no poder contemplar la imagen que un día admirara Azorín: la del ágil molinero trepando por los travesaños de las aspas para extender una a una sus velas, hasta que una vez desplegadas y por efecto del fuerte viento, estas comenzaron a girar.

A cambio hemos podido contemplar los tres pisos del molino que tan magistralmente describiera el maestro; el bajo, donde se hallaban los sacos de trigo; el principal, donde caía la harina por la canaleta; y el último, donde la piedra rodaba sobre piedra para deshacer el abundante grano. Sólo que en el bajo que nosotros vemos ya no hay trigo; ni harina cayendo por la canaleta en el principal; por lo que nuestro desasosiego y ansiedad crece y aumenta, hasta que al fin, en el último, observamos maravillados que por fortuna aún permanecen ambas piedras molares, la solera y la volandera, el eje del molino, la artesana dentería de la rueda catalina; y la linterna para hacer el engranaje, y la guitarra junto a la tolva y la canaleta; y consideramos que es un privilegio, un auténtico detalle de buen gusto e hidalguía, que esta población haya mantenido, al menos en uno de estos magníficos gigantes, tan vetusta, tradicional y espléndida maquinaria artesanal. Y así, con el alma henchida y los sentidos arrebatados, nos decidimos a mirar por los minúsculos ventanillos bautizados como vientos: ábrego, cierzo, solano, matababras... que se abren en derredor del muro, para desde allí observar la misma llanura inmensa, infinita, roja y a trechos verdeante que hace tantos años vislumbrara Azorín.

En la lontananza, el horizonte se muestra silencioso y vacío, desierto de presencia humana, y el camino hacia el santuario del Cristo de Villajos nos parece infinitamente triste y melancólico al carecer de la presencia de esas devotas mujeres enlutadas que con tanto fervor observara el escritor caminando en pos del cumplimiento de Dios sabe qué promesas y penitencias.

Nosotros sabemos que debemos marchar hacia la ermita, que tenemos que terminar la jornada que antaño, a comienzos de siglo, culminara el

noventayochista para nuestra mejor delectación. Pero el día se acaba, no sin que antes, saboreando aún el gusto por el pasado, nos preguntemos: ¿Qué nuevas sensaciones, qué nuevos pensamientos y observaciones nos han de surgir en pos de ese recorrido tras la ruta por La Mancha que un día hubo de hacer ese magnífico autor que fue Don José Martínez Ruiz, alias Azorín?

DE LOS MOLINOS DE VIENTO AL CRISTO DE VILLAJOS

Azorín, en su segunda noche de estancia en Criptana, fue despertado de madrugada por el gran estrépito que formaban los gritos, alaridos y porrazos que un grupo de personajes propinaban en la puerta de su aposento. Eran los Sancho Panza de Criptana; porque en esta ciudad se compendia el espíritu práctico, bondadoso y agudo del sin par escudero: “ *Sí - dice Don Victoriano - en los demás pueblos de La Mancha que se crean Quijotes si les place; aquí nos sentimos todos compañeros y hermanos espirituales de Sancho Panza*”. Y los Sancho Panza de Criptana, apenas quebrada el alba, quisieron, engarabitando a nuestro escritor en una galera, obsequiar con una comida campestre a tan ilustre personaje. Para ello, el lugar ideal no podía ser otro, sino el paraje y la ermita del Cristo de Villajos.

Atrás han de quedar ya los maravillosos molinos y aún ahora, al alejarnos, nos place volver la vista para seguir contemplando su recortada figura sobre el añil del cielo. Aún puedo apreciar con claridad el palo de gobierno unido por su cadena al triste borriquillo. ¡Dios mío, cuánto esfuerzo emana del espíritu de estas ingeniosas máquinas! ¿Qué otra cosa podían forjar estos inventos que hombres duros, fuertes y sufridos, que a cada saco de molienda habían de fraguar un poco más el orgullo de ser manchegos?

Pienso entonces que lo que hoy es majestuoso, antes quizá fue extraño y revolucionario, y surge entonces una silente mueca en mi rostro que intenta forjar una leve sonrisa, porque, ¿no es acaso un absurdo y una temeridad observar a los gigantes quijotescos como sujetos de revolución?

En La Mancha, los molinos que ensalzara Don Miguel de Cervantes son un símbolo emblemático para esta tierra que, desde la inmortal obra, ha sabido aunar fábula y realidad para hacer cosmopolitas estas planicies y llanos. Pero quizá sea una lamentable carencia la falta de literatura emanada desde otras perspectivas de observación; porque si algo verdaderamente pudo significar la llegada del molino de viento a La Mancha fue eso, precisamente, la de una gran revolución capaz de aumentar considerablemente la capacidad de molienda del grano, y por ende, la de las extensiones de los campos que pudieron ser cultivados: la población pudo crecer y asentarse con mucha más fuerza y seguridad, pero siempre, no lo olvidemos, a la silente sombra del revolucionario invento del molino de viento. ¿Puede extrañarnos que Cervantes hiciera un símbolo de este invento ejemplar?

Por las calles de Criptana adyacentes a los molinos han proliferado las pequeñas tiendas y comercios que invitan a hacer negocio con el visitante ¡Ah, este progreso que nada respeta, que ante nada se detiene, que con todo comercia, que a todo pone precio! ¿Tendrá algún límite su osadía? Pero también han proliferado los plásticos y desperdicios; para eso ahora todo es de quita y pon, de usar y tirar. E inevitablemente, las basuras, aunque se escondan en la trastienda, nos rodean por doquier y su presencia nos resulta angustiada y sofocante. ¿Cuándo aprenderemos a comportarnos como respetuosos visitantes? ¿Acaso no se lo debemos a tan hospitalaria villa y a tan magnífico entorno?

Son hermosas estas blancas paredes, con sus zócalos añiles y sus claveteados portones, con sus llamadores y rejas de castellana forja, con sus tejados de curva teja árabe y sus terrazas y esteras de esparto. Y dominándolo todo, siempre omnipresente, el cielo azul, azul, para recordar al viajero que así es La Mancha, y así son sus pueblos y sus gentes.

Azorín pasó más de tres horas, entre tumbos y retumbos, camino de la ermita, contemplando la misma y monótona llanura gris, amarillenta y rojiza. Nosotros, en el breve tiempo que empleamos para llegar a ese mismo lugar, hemos observado gustosos los copiosos olivares que han proliferado en el altiplano, y nos parece una imagen bellísima la abundancia de estos árboles en las que antes fueron ralas campiñas. Después, los viñedos se extienden, calmos y magníficos, mientras las pámpanas amarilleantes alfombran y ennoblecen con su caída la placidez de este otoñal terreno. Cuánto gusto he sentido al cambiar unas pocas palabras con aquel labriego, que silenciosa y amorosamente podaba sus viñas. Al despedirme, aún ha tenido un racimo de uvas para regalarme, y es que la grandeza del alma generosa de este pueblo apenas si conoce límites.

Azorín, allá al fondo, cuando ya casi había perdido ante tanto llano la noción del tiempo, divisó sobre un montículo pelado una pequeña casa. Era la ermita del Cristo de Villajos. Nosotros, en la lontananza, lo primero que avistamos es un pequeño teso con su cruz en la loma. ¿Es cerro o motilla?; me pregunto. Y enseguida siento la imperiosa necesidad de ascender hasta su loma para aspirar el aroma que emana de la tierra y contemplar extasiado ese magnífico sol radiante. Entonces, cuando contemplas abajo esa ermita, cuando observas la pequeña campana en su campanario, cuando el viento azota en tus

oídos, cuando observas los caminos entre las rocas formando esa intrincada red de tejido circulatorio en la epidermis del terreno, cuando los viñedos y los olivos se agitan con el viento, percibes que ese es uno de esos momentos en los que inevitablemente vuelves a sentir el estremecimiento que produce el ser manchego.

Desciendes hasta la ermita y la contemplas blanca y pulida, con sus paredes remozadas en piedra caliza, sus rejas de vieja forja, sus balcones corridos y porticados de noble artesanado, y al penetrar en la iglesia, cuando el silencio golpea en tus pensamientos, cuando ya las breves notas que tomas se salen de tu cuaderno, cuando no sabes qué decir ante esa impresionante nave central con bóveda de cañón, con su cúpula central y su artesanado retablo, cuando te sorprendes y estremeces ante la devota imagen del Cristo de Villajos, es cuando sientes nuevamente que el espíritu quijotesco y literario que antaño condujera a un magnífico escritor hasta este mismo sitio, aún permanece en esta ermita, en este terreno, que aún perdura en el ambiente, y que aún subsisten las mismas viejas razones para allegarse a este lugar.

Y después, cuando observamos las viejas ruinas que se yerguen tras la ermita, tierra y piedra desmoronadas por el tiempo, muros, contrafuertes y viejos arcos saludados a su pie por viñedos y olivares que en su quietud no parece sino que quisieran rendir un homenaje de pleitesía a la historia; después, decimos, sientes esa leve lasitud de saber que esa jornada se ha acabado, y que ya son pocos los lugares que buscar en esa ruta literaria que hemos querido recordar. Cierto que todavía nos queda algún paraje que visitar, cierto que aún nos queda algún artículo que escribir, pero la ruta de Azorín inevitablemente se nos acerca a su fin. Por tanto, la desilusión que precede a toda ilusión consumada ha de surgir inevitable. Y esta no iba a ser ninguna excepción, lamentablemente. Me pregunto por qué las cosas siempre serán así.

EN EL TOBOSO

Azorín pensaba que El Toboso era un pueblo único y estupendo en mitad de una llanura desolada: “ *No veis ni un árbol, ni una charca, ni un rodal de verdura jugosa*” que de tarde en tarde podía sorprender al viajero con la perspectiva de un gañán que con su par de mulas trazaba sobre el terreno los largos y rectos surcos de su espléndida labor. Y frente a este, las tierras se sucedían, grisáceas, rojizas, amarillentas, iguales todas con una monotonía desesperante.

La cinta asfaltada de la carretera se prolonga recta; el sol ha iniciado su ocaso, y los majuelos nos ciñen en derredor atribulándonos con el verde de sus pámpanas: es como un mar tenue y calmo sacudido de tarde en tarde por el suave oleaje que produce el débil viento ¡Cuánto debe La Mancha - me digo - a sus viñedos!

El campo sigue siendo diáfano y se encuentra preñado de teselas multicolores; los cereales amarillean alborando la próxima recolección, y al fondo las viejas quinterías, vestigios de otras épocas, nos muestran displicentes su negligente ruina. Al contemplarlas siempre me surge la misma pregunta. ¿Cuánto trabajo, sudor y esfuerzo albergaron sus muros?

Junto a la carretera, a sus bordes, alzan las tobas su porte orgulloso. ¿Habrá algo que simbolice más el tedio, el abandono, la apatía, la resignación del pueblo manchego que estos enormes cardos borriqueros que proliferan por los caminos?

En la lontananza un tractor levanta quizá las últimas polvaredas del día, mientras en el horizonte aparece recta y orgullosa la cuadrilonga torre de la Iglesia. ¿Qué sería de estos pueblos sin sus iglesias, torres y viñedos ?

Azorín no encontraba los árboles pese a buscarlos con afán: “*Acaso en una distante ladera alcancéis a descubrir algún cuadro de olivos cenicientos; solitarios, simétricos. Y no tornáis a ver ya en toda la campiña ni un rastro de arboleda*”.

¿Por qué en La Mancha ha de lucir diáfana y constante la ausencia de arbolado? ¿No es acaso una ironía que erectos cipreses nos acojan siempre, bien a la entrada, bien a la salida, en estos poblachones? ¿Por qué será que los manchegos, que tan alejados hemos querido vivir de los árboles, buscamos

siempre al morir su Omnipotente presencia, ora en el camino, ora en la eterna morada?

Nuestro escritor sentía al aproximarse al Toboso una intensa sensación de soledad y abandono. Nosotros, por contra, sentimos como una maravillosa reminiscencia al sabernos situados en suelo del Quijote: El Toboso, calle del Caballero de los Espejos, calle Dulcinea.

Y te pierdes por las limpiísimas calzadas de este precioso lugar hasta que una inscripción de forja sobre la pared te vuelve a la evocación “*Sancho, con la iglesia hemos dado*” y entonces sientes un estremecimiento profundo como sólo un manchego puede sentir al hallarse en la patria chica de la sin par Dulcinea. Y así, andando, andandito, te allegas a la recoleta plaza para extasiarte en la observación: castellano Ayuntamiento de balcón corrido y vieja forja en sus faroles, jardín cuidado a su entrada, fuente en piedra de cuatro caños, casas remozadas en sillería, y la iglesia, la magnífica iglesia de vetusto artesonado, olvidada campana, reloj sin tiempos, claveteado portón, dóricas columnas y escudos de Santiago. ¡Es historia cervantina tallada en rancia piedra!

Silencio; vacío y silencio denso, quizá tan sólo amortiguado por el trinar de los cientos de vencejos que revolotean sobre la plaza. Y sientes que la paz y la quietud reina sobre esta magnífica población que ya ha desterrado lejos aquellas casuchas pardas, terrosas, negras, con paredes agrietadas, con esquinzos desmoronados, con techos hundidos que contemplara el rememorado maestro.

Si hay un lugar en La Mancha donde la modernidad se funde en armonía con el respeto a la tradición, ese es, sin lugar a dudas, El Toboso. Y causa alegría recorrer la calle de Don Quijote hasta llegar a la Casa de Dulcinea, y allegarse por la calle de la Hospedería hasta el Jardín de Don Federico donde, entre rosales, palmeras, pinos, laureles y cipreses, uno puede hasta llegar a olvidar el mundo en el que vive.

Pero queremos seguir la ruta del literato, por eso nosotros buscamos aquella almazara prosaica en que nuestro escritor encontrara convertida la mansión de la más admirable de todas las princesas manchegas. Al día, es la remozada Casa de Dulcinea; y hasta los viejos blasones que antaño reposaran en un rincón bajo gavillas han vuelto a su fachada para representar, como en un grito simbólico, que en El Toboso ya es historia la decadencia.

Las sombras de la noche nos envuelven. Pero nos conforta comprobar que la villa de noche es casi más bella: convento de las Clarisas, calle de Rocinante, pretil del viejo pozo, abrevadero en piedra caliza , sobre la esquina se muestra impoluta la antigua ermita de pequeño campanario ¡Que no falte nunca el tañido plañidero de las campanas en Castilla! Y la iglesia, siempre la iglesia; de frente, de lado, de costado.

Calle Miguel de Cervantes, Plaza del Arco, convento de las Trinitarias... Viajero detente y estremécete, porque esta noche estas en el maravilloso y cervantino pueblo del Toboso. Y si te ha sobrecogido la quietud, piensa que ese es su mejor valor. Nosotros hemos recorrido sus calles sin que nadie cruzara por ellas. Silencio, todo era un sobrecogedor silencio; reposo absoluto, irrealidad dentro de un mundo que se muestra trepidante y cibernético; silencio como privilegio consumado, como paz espiritual, como el anhelo que buscamos de la calma y el sosiego ...

Qué espléndidas horas aquellas que pudimos disfrutar en El Toboso una templada noche de verano, en la que quisimos, en la que se nos antojó, la pequeña excentricidad de querer rememorar.

EN ALCÁZAR DE SAN JUAN

Azorín quiso echar la llave, acabar su “Ruta de Don Quijote” en Alcázar de San Juan, la capital geográfica de La Mancha según él mismo la calificó. Y abrió su capítulo desde este pueblo con una pregunta afirmación que aún hoy ha de emocionar a todos aquellos que tuvieron la fortuna de nacer en este lugar:

“¿Habrá otro pueblo, aparte de éste, más castizo, más manchego, más típico, dónde más íntimamente se comprenda y se sienta la alucinación de estas campiñas rasas, el vivir doloroso y resignado de estos buenos labriegos, la monotonía y la desesperación de las horas que pasan y pasan lentas, eternas, en un ambiente de tristeza, de soledad y de inacción?”

¿Es hoy Alcázar de San Juan el pueblo más manchego, más castizo, más típico de toda la comarca quijotesca ?

El maestro, en su deambular por la ciudad, encontró unas calles anchas, desmesuradas y espaciosas con unas casas bajas de un color grisáceo, terroso y cárdeno. Mientras caminaba soplaba fuerte un vendaval helado que hacía que por las vías desiertas volaran impetuosas las polvaredas.

Hoy, el viajero que asoma a la ciudad después de un viaje por ferrocarril (marco que acogiera a nuestro escritor) encontrará de nuevo esas mismas calles anchas y espaciosas, pero ya no le parecerán desmesuradas. Su percepción de lo inmenso es ahora diferente. Su espíritu está abrumado por la impresión que le ofrecen las caóticas urbes modernas: enormes, grandiosas, despersonalizadas, inhumanas...

Incluso puede que hasta sople también un viento furioso que ya no levantará polvaredas por esas calles; ni tampoco las casas serán bajas, ni grises. En ese momento una explosión de color, de viveza, de desarrollo equilibrado, transmitirá a nuestro atento viajero una sensación de calma y bienestar. Pensará que el pueblo se le muestra acogedor; como se le muestran acogedoras sus calles y sus gentes.

Animado por la placidez de su primera impresión quizá aguce su oído en espera de oír el toque plañidero de aquellas campanadas que escuchara Azorín. Pero aquel sonido no ha de llegar, como tampoco transcurrirá por las calles el pasar lento de ningún labriego enfundado en pardo traje: ni ninguna

mujer vestida de negro con las ropas a la cabeza, volverá a sorprender la curiosa observación del asombrado visitante.

Luz, colorido, modernidad y alegría acompañarán su recorrido por esa ancha, vetusta, noble y moderna calle que es la de Emilio Castelar cuando nuestro paseante, riguroso y fiel seguidor del camino y la ruta que plasmara el noventoyochista, busque encontrar los chapiteles plomizos y los muros rojos de la austera iglesia que cerrara el fondo de la ancha y desierta plaza. Y a tenor de la verdad, le bastarán sólo unos minutos de lento caminar para llegar a encontrar la plaza de referencia.

Curiosamente la encontrará igual. Igual que entonces. Igual que hace 90 años .

Bien es cierto que el casino anchuroso de salones solitarios y pisos de madera que encontrara Azorín ahora ejerce de casa consistorial; y que en el sitio donde antes se encontrara el consistorio que el escritor debió ver, ahora se encuentra una deforme, desproporcionada, horrenda, monstruosa e infame entrada a un moderno y subterráneo aparcamiento; bien es cierto que el terroso suelo de antaño que tantas polvaredas levantara a tenor de los caprichos del viento, ahora presenta una lisa superficie enlosetada; pero por lo demás... la plaza sigue igual que entonces: igual en lo llano, en lo plano, en lo libre, en lo diáfano; igual en lo rígida, en lo rigurosa, en lo agria, en lo fea y en lo vulgar; igual en lo vacía, en lo despoblada de arbolado, en lo carente de personalidad; igual a como estaba hace tanto tiempo ya, allá por los albores de 1905.

¿Cómo este pueblo tan manchego y castizo ha podido mantener durante todo un siglo la misma faz en su epicentro?, - se preguntará sin duda nuestro visitante - ¿Acaso a fuer de castellanos y castizos estos ciudadanos de Alcázar tendrán a gala mantener un odio atávico hacia los árboles?

Y recordará que también Azorín se hiciera estas preguntas: mil ejemplos en la literatura que consultara corroborarán este aserto.

“ ... aquellas gentes aborrecen los árboles, diciendo que sólo les servirían para multiplicar los pájaros que les comen el trigo y la uva (Guillermo Bowles 1782)”.

“ ... la guerra sin tregua que los castellanos hacen al árbol ... (Fermín Caballero 1862)”.

Nadie contará a nuestro visitante que no siempre fue así. Que hubo un

tiempo en que el hacha homicida paró dando paso a un nuevo culto al árbol y a la esperanza. Y que incluso tal pasión llegó a alcanzar a esa misma plaza desértica que ahora contempla, una plaza que pudo así, durante algunas décadas, sombrear sus jardines.

Pero debían de permanecer aletargados aquellos instintos arboricidas de castellanos viejos. Y los nuevos regidores debieron preguntarse: ¿cómo faltar a las más castizas tradiciones? ¡Ancha es Castilla! Y ancha, plana y gris ha de ser nuestra plaza.

Pesaroso y asombrado, este curioso visitante, amante de la prosa de Azorín, retornará como antaño hiciese su admirado maestro, por la ancha vía camino de la estación. Quizá también le azote un fuerte viento hasta llegar a la fonda donde, triste y melancólico, volverá a sentir todo el tedio, toda la soledad, todo el silencio, toda la angustia de la campiña y del poblado que otro hombre sintiera, en este mismo lugar, hace ahora casi un siglo.

Mientras tanto, el hacha homicida proseguirá su tarea arboricida en este lugar de La Mancha que es Alcázar de San Juan: sobrio, castizo, casi sin árboles ... ¿Algún día cambiará?

EPÍLOGO

“LA GENERACIÓN DEL 98 Y AZORÍN”

Quizá una de las más curiosas paradojas acontecidas en lo que respecta al arquetipo Generación del 98 sea la propia resistencia de gran parte de los intelectuales -posteriormente englobados en dicha “generación”- a incluirse en ella; esto es, su negativa a agrupar en torno a un año histórico el pulso de toda una generación.

Ante esta realidad no cabe menos que preguntarnos si existió pues, como tal, la que Azorín bautizara en 1913 como “Generación del 98”.

Ciertamente, y en un intento de responder a esta pregunta, habría que convenir en que existieron sin lugar a dudas una serie de constantes claras y precisas entre los integrantes de este grupo -ello será precisamente lo que habrá de darles el aire de generación - pero de eso a considerar que existiera entre ellos un pensamiento y posicionamiento intelectual y político-social común, media el abismo que existe entre ficción y realidad.

Constante común para todos estos hombres fue, por ejemplo, el amargor producido por los sucesivos desastres coloniales. Pero hay que convenir en que fue un amargor compartido también por aquella parte de los españoles (aristocracia y distintas burguesías) que integraban las más altas esferas de la sociedad, y eso no otorgó a estos hombres de haldas el rasgo de "generación".

Existió también, como elemento común entre todos estos intelectuales, la realidad de una llegada a Madrid, procedentes de provincias, en los años anteriores que preceden al "desastre": Unamuno, en 1880; Pío Baroja, en 1886; Valle Inclán y Azorín, en 1896; y en fechas aproximadamente igual los demás: Ganivet, Maeztu. etc; y la posesión de un ideal: todos amaban el arte e incorporaban a su ser un ardiente deseo de ruptura y superación con lo anterior. Y aunque ello nunca supuso proyectos unánimes o comunes, salvo algunas acciones aisladas como el homenaje a Larra o la visita a Toledo en 1901, este ideal les unió en la inmensa y colosal tarea de buscar nuevos e ilusorios horizontes. Y es aquí donde empiezan a configurarse los rasgos que luego, pasado el tiempo, harán nacer una específica generación intelectual.

España - pensaron - necesitaba una auténtica regeneración y ellos iban a tomar parte en armar tan complicada estructura conceptual. El camino no era nuevo, pues como manifestara Azorín, ya cierta literatura precedente había

abierto un sendero: la agresividad y el enardecimiento del teatro de Echegaray, el excepticismo sentimental de Campoamor, el realismo de Galdós, configuraron como un estado de preconciencia que habría de encarnar en la nueva generación: ¿Acaso el maestro -Galdós- no había golpeado claramente sus conciencias exigiéndoles contemplar la realidad viva, la realidad sangrante, con sus miserias, con sus dolores y sus angustias?

Y a la búsqueda de esa realidad han de lanzarse estos jóvenes intelectuales, esta nueva savia procedente de provincias que en su peculiar búsqueda y camino se han de encontrar con un gran redescubrimiento: el de la naturaleza y el paisaje; un paisaje que ha de serles común y que generalmente encontrarán a las mismas puertas de Madrid. Será Castilla, la llana, la pura, la conquistadora, la que ha de abrírseles de par en par.

Para encontrarse con este paisaje estos intelectuales se harán impenitentes viajeros. A solas o en grupo, en tren, a lomos de caballería o a pie, estos hombres van a recorrer los campos y pueblos castellanos, haciendo de Castilla el paisaje emocionado de los hombres de esta generación, el símbolo particular de esta magnífica promoción literaria.

Pero si viajeros fueron los literatos del momento, en uno de los lugares de primera fila habría que situar a nuestro rememorado Azorín, que desde el viaje a Toledo, en 1901, sucedió continuas e ininterrumpidas sus salidas desde Madrid, para después plasmarlas en sus textos, libros o artículos, de modo que desde allí pudieran expandirse hasta hacer llegar a toda la población aquellas cosas que siempre habían tenido ante sus ojos, pero que jamás se habían parado a contemplar.

Aquel grupo de hombres buscaba encontrar una salida, la puerta de la esperanza para superar una angustiosa decadencia que había alcanzado el colofón con la derrota militar y la definitiva pérdida del Imperio. Representaban pues, como decía Azorín, un grupo de jóvenes que ama los viejos pueblos y el paisaje, intenta resucitar los poetas primitivos (...) se declara romántico (...) siente entusiasmo por Larra (...) se esfuerza en fin en acercarse a la realidad y en desarticular el idioma y todo ello con la única y exclusiva intención de regenerar España. Para ello - pensaron - sólo había un camino: buscar en el alma, en la esencia, en el corazón del pueblo, las causas históricas de tanta decadencia, comprenderlas y poner después tajante remedio a ellas.

El alma que descubrieron fue Castilla; los males, tres siglos de monarquía absoluta y clericalismo. Frente a ello, un compromiso constante de rectificación y trabajo hasta culminar en la ansiada regeneración.

Pero ¿cómo nombrar a este conjunto de hombres unidos idealmente en el anhelo de encontrar una España mejor?

Adecuado y sabio -creo- fue el acierto del genial Azorín al acuñar y dar pública notoriedad de estos hombres bajo el arquetipo de generación, y más concretamente de generación aglutinada en torno al año histórico de 1898 que les había hecho coincidir.